

Volumen II

Abril 27 de 1898

Núm. XVI

REVISTA DE QUITO

SEMENARIO DE POLITICA,
LITERATURA, NOTICIAS Y VARIEDADES

DIRECTOR:

MANUEL J. CALLE

CONTENIDO:

I—Diócesis ecuatorianas.—II—Cartas ecuatorianas.
III—El Antisana.—IV—Verdadero Evangelio del Pueblo.—V—Lima.—VI—Pequeñas narraciones.—VII—La Semana.

QUITO—ECUADOR

IMPRENTA DE "EL PICHINCHA"

1898

“REVISTA DE QUITO”

Este periódico se publicará semanalmente en folletos de 32 á 40 páginas cada uno.

Se canjea con los periódicos nacionales y revistas extranjeras.

No admite más colaboración que la que solicite.

No se atenderá ningún pedido si no se adelanta el valor respectivo.

Recibe avisos en la carátula á precios convencionales.

SUSCRIPCION

Por un mes.....	\$	1...
Número suelto.....	,,	.30

Para todo lo relativo á colaboración y correspondencia, dirigirse á

Manuel J. Calle

QUITO—(ECUADOR)

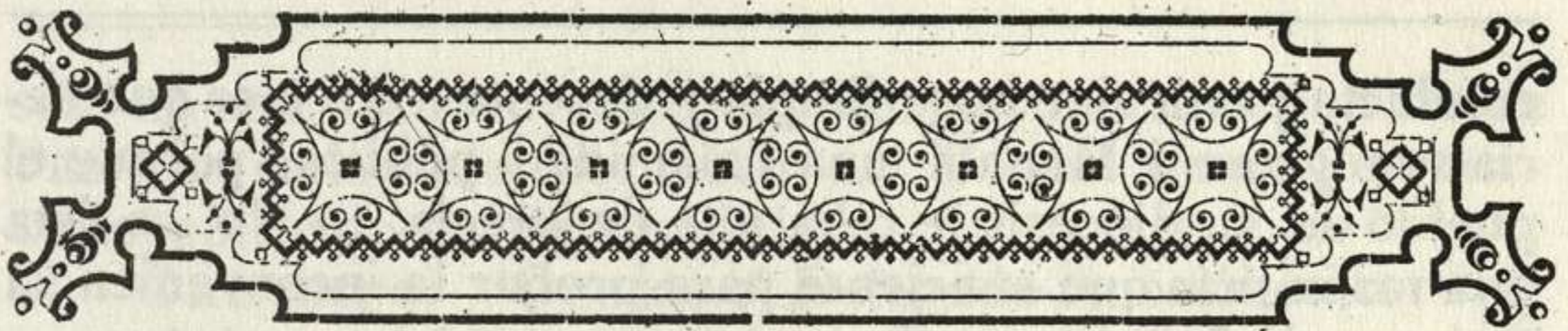
Casilla del Correo N° 68

Centros de suscripción y venta en Quito

En esta Imprenta. — Establecimientos de los Sres. Ramón F. Moya, y José C. Borbúa.

ADMINISTRADOR

Sr. D. RAMÓN A. GARRILLO.



REVISTA DE QUITO

Volúmen II—Quito, 27 de Abril de 1898—Núm. XVI

DIOCESIS ECUATORIANAS

—
PORTOVIEJO

Partamos del hecho incontrovertible de que el Sr. Schumacher no volverá al gobierno de su diócesis, así como á la suya no volverá el Sr. Massiá. En nuestro concepto, si el Sr. Guidi no está autorizado para admitir el extrañamiento definitivo de estos dos obispos ó en ello no quiere convenir, es excusado llevar más adelante las comenzadas negociaciones: se trata nada menos que de la seguridad pública y el decoro del Gobierno ecuatoriano.

Pero ¿qué ha hecho el Sr. Schumacher? quién es el Sr. Schumacher?

No repetiremos que es un ex-masón, un luterano convertido al catolicismo, ni rememoraremos la larga serie de sus violencias y locuras, sus conatos de subversión y su

conducta particular poco limpia y decente: diremos que sería su regreso á Manabí una calamidad pública, porque el pueblo de su diócesis le odia y le desprecia. ¿No es ésta una razón más que suficiente para probar la inconveniencia de su vuelta?

Este señor Schumacher vino á Quito en 1872, traído por el Ilmo. Sr. Checa para que fundara el Seminario Mayor. Su engrandecimiento comenzó desde el primer instante, hasta que Caamaño le hizo Obispo, pues el Sr. Checa no sólo le entregó toda la dirección de dicho Seminario sino hasta la jurisdicción y régimen de él, cosa que canónicamente no podía concederle. Contra disposición canónica igualmente, dióle también el Arzobispo la administración de ciertas rentas temporales, exonerándole de la obligación de rendir cuentas. . . . Fijamos estos hechos para que se vea la buena suerte del hombre.

La desgraciada *tanda de obispos* del nombrado Sr. Caamaño,—pues todos ellos, ó la mayor parte, han caído ruidosamente,— le llevó á Manabí al masón converso, cuyo carácter atrabiliario se había manifestado ya en la Capital inspirando á los sacerdotes jóvenes gran desprecio por el clero antiguo y empujando al entonces vicario Andrade— hoy obispo,—á la muchachada aquella de la excomunión contra Veintemilla.

Ya mitrado, púsose á pelear con la autoridad civil y el poder político, hasta el extremo de que el Presidente Flores hubo de devolverle una nota, por descortés é insolente; comunicó á los cleriguitos de su obispado su espíritu irascible y turbulento, y, por fin de cuentas, púsose á acarrear labriegos alemanes para hacerles cantar misa en menos de lo que canta un gallo, entregando en seguida en esas manos inhábiles y codiciosas todos los curatos y beneficios de Manabí y Esmeraldas. No queremos hablar de su intervención en el combate político, de sus excomuniones y autos de entredicho, de sus polémicas periodísticas, de sus pastorales que revelaban en competencia la mala fe más refinada y la más crasa ignorancia, al mismo tiempo que su asombrosa facilidad para mentir, calumniar é insultar, porque ros sobraría materia y faltaríanos espacio; pero sí apuntaremos un hecho curiosísimo y que le pone de relieve: no

sólo no se ha reconocido como ecuatoriano, sino que desde Pasto ha reclamado, por medio del Cónsul alemán, su renta del obispado de Portoviejo!

Otro rasgo? Que lea el Delegado Apostólico las últimas páginas del folleto titulado "¿Teocracia y democracia?" y ahí verá con cuanta frescura se sostiene el derecho de insurrección, y eso en una época azarosa para el Ecuador, y verá también en ese folleto como él mismo, el Sr. Shumacher, se alaba de haber deseado y promovido la guerra civil y verá como se insulta, denigra y calumnia á los partidos políticos de la República y á los actuales mandatarios de élla.

A propósito de ese opúsculo —cuya segunda edición costó en Friburgo (Alemania) el clero de Quito,—bueno sería pedir sobre él y con firmeza, una resolución al Sumo Pontífice. ¿Es bueno el escrito? Pues apruébelo Roma. ¿No es bueno? Pues dígalo Roma, por amor á la moral.

A este Sr. Ilmo. debe tomársele cuenta de unos cuarenta mil pesos que el Ilmo. Sr. Tola dejó á la Catedral de Portoviejo: que el albacea de aquella testamentaría declare á quien entregó esa cantidad. Como fué legado pío, ni el Papa podía darle otra inversión. Si el Sr. Shumacher la gastó, manifieste el rescripto pontificio que le autorizaba para anular la voluntad del testador.

Rasgo final.— El Sr. Shumacher ha querido ser en el Ecuador el amo de los Presidentes de la República. Véase el Manifiesto de los Obispos contra D. Antonio Flores, y se comprenderá que la furia de los prelados ecuatorianos contra el Presidente de la República nació de que el dicho D. Antonio quiso conservar algo de la independencia del Poder civil. Aquel Manifiesto fué obra exclusiva del Sr. Shumacher, quien se vino á Quito con tal objeto, objeto necio, ridículo y hasta cobarde; porque los obispos, para lanzar á luz el documento expresado, aguardaron que al Sr. Flores no le faltaran sino dos días para concluir su período presidencial. . .

Intemperante en toda la acepción de la palabra, violento, difamador, sin pizca de educación ni miramientos sociales, el Sr. Shumacher ha parecido más bien un carromatero alemán harto de cerveza vestido con ornamentos episcopales. . . .

* * *

Esbozado el obispo, hablemos de la diócesis.

Pero ¿es que esa diócesis existe?

En toda ella sólo hay *tres* sacerdotes:

El presbítero D. José Vicente Loor, actual Administrador Apostólico.

El presbítero D. Luis Gómez de la Torre, Vicario General.

El presbítero Sr. Escalante, cura de Rocafuerte.....

Y adviértase que el Sr. Gómez de la Torre no puede ejercer ni una cura de almas, menos de Juez eclesiástico, pues sencillamente está suspenso de sus derechos de ciudadanía, por haber incurrido en el caso del artículo 245 del Código Penal. (Sentencia ejecutoriada de la Corte Superior de Portoviejo).

¿Cuál es la causa de esta casi absoluta falta de sacerdotes en tan extensa diócesis?

Es muy fácil de señalarla. Con menosprecio del clero nacional, el obispo Shumacher invadió—como hemos dicho—con sacerdotes extranjeros la diócesis manabita: huyó el pastor, se dispersaron las ovejas; y sólo en el aprisco quedaron las tres mencionadas, por ser nativas del suelo ecuatoriano.

La provincia de Manabí ha sido la más duramente tratada en estos últimos tiempos. Terremotos, incendios, guerras.... Y á esto se han añadido las excomuniones y los entredichos. Cuando al Sr. Schumacher se le pedía un sacerdote, contestaba con un entredicho: ahí está el teniente político de Riochico que no nos dejará mentir. Así es que esa gente buena y laboriosa se veía reducida á bautizar ella misma sus niños y á vivir y morir sin sombra de auxilio religioso. Se portaban mal con el Obispo? No le pagaban lo que en ley de Dios le debían? Nada de eso: fué necesario el incendio de Calceta, casi ordenado por el mal prelado, para que los manabitas, entregados la mayor parte de ellos á la manufactura de sombreros de paja y al comercio de la tagua, se indispusieran con el Obispo que voluntariamente les abandonaba, no sin haberles injuriado antes gravemente por la Prensa. En cuanto al pago de

diezmos y primicias, téngase en cuenta la fortuna de más de cien mil pesos dejados por el cura Bermeo como producto de pocos años de servicio sacerdotal en Manabí, para que se vea si diócesis era aquella de pingües rendimientos.

Ahora las cosas han variado mucho por el cúmulo de desastres que sobre aquella provincia han venido. Arruinado el Seminario, en injusto entredicho la Catedral, — medio en tierra igualmente — en abandono los curatos, ¿quién es el guapo que reconstruye esa ruina?

Habría necesidad de fundar un colegio de enseñanza secundaria como base para un Seminario; llevar de Quito sacerdotes para el servicio eclesiástico, y costeándoles el viaje; reedificar iglesias y conventos, etc., etc., etc. ¿Y con qué dinero se hace todo eso?

¡Un Administrador Apostólico para mandar á dos clérigos! Es simplemente ridículo: no hay materia ni para un Vicario foráneo dependiente de Guayaquil. Además, ¿sirve ese Administrador como cura — vicario de Portoviejo, dada la escasés de sacerdotes? Pues entonces no puede ser prelado.

* * *

En vista de todo esto, y oído el informe de personas competentes cuyo criterio se halla ilustrado por el perfecto conocimiento del estado de los asuntos eclesiásticos en Manabí, somos de opinión que debe suprimirse aquel episcopado, anexando la administración de la diócesis á la de Guayaquil.

Con el producto de los proventos de Manabí y Esmeraldas, pueden costearse algunas becas en los Seminarios de Guayaquil y Quito, á fin de preparar sacerdotes que la evangelicen, y se puede, también, reconstruir el Seminario y la Catedral. Es la única solución del caso.

MANUEL J. CALLE.

Quito, 2 de Abril de 1898.

CARTAS ECUATORIANAS

II

Portoviejo, Febrero 6 de 1898.

Sr. Director de la "Revista de Quito".

La forma de Gobierno republicano es la más perfecta, y por lo mismo requiere que los ciudadanos estén muy adelantados. Demos de barato que la forma republicana sea la más conveniente al Ecuador, porque ya no es posible cambiarla; pero ¿por esto hemos de convenir en que los ecuatorianos estamos bien educados? No sabe leer y escribir quizás ni un veinte por ciento, y de los que leen y escriben cuántos son los que tienen ocupación independiente y que contribuyen al mejoramiento de la patria? Unos son empleados, otros militares, otros sacerdotes, otros médicos, otros abogados, otros escritores, otros agricultores, otros comerciantes, otros artesanos, muy pocos artistas, ingenieros, manufactureros, profesores, mineros, y todos los demás sirvientes y holgazanes. Que se nos perdone, si hay olvido; que no se nos perdone, si hay impostura en el concepto.

El Padre Didón, orador ya conocido y autor de una vida de Jesús, ha pronunciado un discurso, poco há, en la distribución de premios de las escuelas "Albert le Grand" y "Laplace", acerca de la educación moderna, y á veces discurre con tal maestría que parece uno de los apóstoles de las ciencias positivas. Los padres saben bien donde los aprieta el zapato. "El que no es capaz de sufrir y mirar de frente al peligro, puede ser escritor, literato, sociólogo, suave y dócil empleado; pero explorador, agricultor, industrial, comerciante, uno de esos hombres de vida práctica en que la lucha es de todas las horas, y el peligro frecuente como la lucha, jamás!" dice á la juventud francesa. "No bastará ya, en efecto, formar hombres pasivos y dóciles, tales como los sueña la empleomanía; hombres que se dejan vivir, que giran con regularidad, como una rueda bien engranada; hombres que no tienen por qué ocuparse del mañana, pues que el mañana será como la víspera; hombres que esperan dulcemente la vejez, pues que ello les dará con una pequeña renta, un pleno reposo; hombres á quienes espanta el menor cambio, porque turba la quietud de su acción soñolienta y regular; hombres que ya no tienen el trabajo de querer ni resolver, puesto que la colectividad en que se encuentran

cristalizados, vive, quiere y piensa por ellos. No, señores! Será preciso preparar hombres de una actividad infatigable, tales como los piden y exigen todas las carreras prácticas". Hasta cierta época los sacerdotes pretendían que la humanidad fuera *como cadáver*, para imprimirle ellos movimiento: la humanidad se resistió y levantó el vuelo por las regiones de la ciencia, y ahora los sacerdotes están cayendo como aristas. El discurso del Padre Dídón es una súplica al progreso para que no se ría de ellos. Las verdades de este discurso han sido nuestra inspiración en algunos de nuestros dictámenes siguientes. No porque observemos que el arsénico es letal, hemos de negar que sirve para curar enfermedades.

Pocos son los empleados que lo están por necesidad de la República: por ventura la mayor parte lo están por necesidades de ellos mismos. He aquí la empleomanía. La culpa no sólo de los Gobiernos, si el número de los empleados es mayor del necesario, sino también de las circunstancias. Primero, el delirio de política. La política es el único medio de adquirir celebridad entre nosotros, y el hambre de celebridad nos precipita en ese océano. Podemos volvernos célebres como Fulton ó Edison, como Darwin ó Spencer? En Suiza no hay hombre célebre, porque nadie puede serlo en un pueblo donde todos son célebres. Si uno compone buenos libros, otro inventa buenas máquinas, otro fabrica buenos quesos, otro construye buenos chalets. Las leyes mismas prohíben tener á otro como á ilustre. He ahí un pueblo donde no hay hombre capaz de menospreciar á otro, ni hombre que esté en condición de envilecerse. Conque Suiza es refugio de bandidos? Las leyes de Suiza son tan nobles que acogen al que se refugia en Suiza hasta que se muestre obediente á ellas: si no las obedecen, las leyes caen como rayo. Segunda circunstancia: la frecuencia de conspiraciones. Ellas traen consigo á multitud de pretendientes, cada uno de los cuales, algunos con toda exactitud, alega el mérito de grandes sacrificios. La tercera es la falta de otros ramos de industria y la necesidad en que se ve el hombre de buscar alimento. Se reducirá de una manera notable el número de empleados, cuando el ecuatoriano sepa ser prolijo, cuando se resuelva á trabajar, cuando aprenda á contraer la atención, porque entonces dos ó cuatro podrán servir en una oficina servida ahora por ocho ó diez. Oficinas hay, además, en que el empleado debe ser el que la ha servido desde joven, porque él es el más apto, en razón de la costumbre. Pero quién ha tenido en cuenta esta circunstancia en pueblo donde los partidos se han odiado tanto, y donde los cambios de Gobierno han sido violentos y frecuentes? Tenemos costumbre de criticar la empleomanía, y sin embargo no hemos pensado en el remedio, ó si hemos pensado no lo hemos puesto en práctica hasta ahora. Un sistema de Gobierno honrado y estable, es-

tímulo del trabajo y diversidad de profesiones, las que vendrán con el ferrocarril; y así no habrá manía por empleos. También contribuirá mucho la extinción de preocupaciones, con el comercio con industriales de otras partes. Decente les parece á nuestros compatriotas un empleo de Gobierno, é indecente el cebar cerdos, por ejemplo, ó comerciar con plátanos y papas, aunque haya diferencia en la renta. Qué... puerilidad!

Los militares son también empleados.

Los militares no serían necesarios en donde no hubiera pretendientes mal intencionados, en donde el Gobierno estuviera resguardado por sus buenas acciones y ellas fueran conocidas por todos, y generalmente donde no hubiera discordias, y las pasiones hubieran cedido el campo á la razón. Un tirano tiene que estar rodeado de ejércitos; pero también tiene que estarlo un buen Gobierno siempre que gobierne á un pueblo recién tiranizado. Bonito sería el Gobierno liberal si disolviera ó disminuyera el ejército en época en que por la mayoría es mirado como mahometano, y hasta las beatas le amenazan con despanzurrarle. Cuando todavía no se han podido eliminar corruptelas, como la participación del ejército en la contienda eleccionaria! Eso de impopularidad no es argumento en contra: en minoría tienen que hallarse los hombres de bien donde la mayoría ha quedado corrompida por administraciones corruptoras. Puedo profetizar, sin embargo: á vuelta de veinte ó treinta años el Ecuador ya no habrá menester sino de mil ó dos mil hombres, aunque su población haya aumentado inmensamente, pues este aumento será debido á inmigrantes laboriosos. Ya se entiende que hemos de exceptuar el caso de guerra extranjera, para la cual hay pocas probabilidades, ora porque el Ecuador es pobre, ora porque sus vecinos tienen con exceso lo que él tiene, ora porque se acabaron los Garcías Morenos y los Flores. Lo que por ahora es preciso es escuela militar seria. El soldado debe saber que es guardián del ciudadano, y no hostilizar ni al enemigo, á no ser en el campo de batalla. El número de soldados irá disminuyendo á medida que vayan difundándose el trabajo y las buenas costumbres.

Sacerdotes. Del sacerdocio apenas hablaremos; por injuria serían tenidas nuestras reflexiones, ya que la clerecía cree que nadie la debe observar, y mucho menos publicar lo que observe. Tenemos derecho de hablar hasta de los astros; de los sacerdotes no, porque están más altos que aquellos. Si se limitaran á bautizar, á decir misa, á predicar la doctrina cristiana, á perdonar los pecados y consolar al afligido; si fueran humildes, castos, pobres y obedientes, es decir, si no violaran sus votos, sospecho que no habría por qué censurarlos, ni por qué negarles rentas y proventos. El abuso no es lo malo? La mayoría de clérigos no ha abusado hasta el

punto de atraer la atención del más humilde feligrés? Véase como han sido recibidas en silencio las leyes que están ahuyentando al sacerdocio extranjero. Este no se contuvo en pelillos, puso en juego toda clase de artificios y absorvía las rentas privadas y las públicas. Vino á ser hasta insolente. El cinismo de este sacerdocio contagi6 á una parte del sacerdocio nacional; y la profesión eclesiástica ha sido una de las más lucrativas, por lo que la clerecía nos inunda, y la ociosidad está en extremo difundida . . . Punto acápite. Nadie dudará de que el ferrocarril está encargado de remediar este daño más eficazmente que cualquier razonamiento.

Médicos. ¿Quién duda de la utilidad de la medicina, de que ella es verdadera ciencia, aunque todavía, como todas, no ha avanzado á descubrir todos los secretos que la naturaleza nos tiene reservados; quién duda de que hay buenos médicos, aún en nuestra patria, si bien aquí no son comunes, pues yo no conozco uno sólo especialista, y no hay hombre capaz de abarcar con perfección toda la ciencia de Hipócrates?

Ya lo dijo el maestro:

“En Europa los grandes médicos no abarcan sino una clase de enfermedades; en América los médicos abarcan todo el vasto campo de la ciencia. Un Trousseau, en París, no se ocupa sino en los males de los órganos respiratorios; en Quito, en Lima, en Bogotá un doctor Tirteafuera cura hasta el alma: está en poco que no se comprometa á sacar del infierno un condenado — mediante la sabiduría de una receta; y si las boticas no fueran *tan desurtidas*, á buen seguro que le sacaba. Las enfermedades más raras, más desconocidas, en las cuales James Copland dudaría, nuestros médicos de veinticinco años y de diez y seis pelos de barba, parten con gran resolución, y diagnostican, y pronostican, y nos embotican sin vacilar. Qué importa que el enfermo se muera? Su obligación no es sino *poner la receta*: de las consecuencias no son ellos responsables, sino el enfermo mismo que *se desmandó*: otras veces él bien lo hubiera curado; pero *ya no había sujeto*: otras, el boticario dió cambiada la droga; otra, la torpeza de los que le asistían lo llevó al sepulcro, dándole á beber lo que era de untar, ó untando lo que era de beber. Jamás tiene el médico la culpa: mientras el enfermo no se acaba de morir, todo va á medida de sus deseos, y cuanto fenómeno va resultando en el curso de la enfermedad, efecto es de su previsión. Esopo trata de perlas este asunto”. (1)

Y el daño no consiste tan sólo en que cada uno de los médicos se trague toda la ciencia, sino en que hormiguén hasta en la aldeas, en pueblo de tan escasos habitantes, y especialmente en clima tan benigno como el nuestro. Fuera de Guayaquil, en todo el

(1) “El Cosmopolita”, N.º 4.

Ecuador no hay un solo paraje donde invadan las pestes. El cólera no es conocido aquí. Y ciertas enfermedades no podrían prevenirse con la observancia de la higiene, si el pueblo conociera esta gran ciencia? Donde no hay vicios son escasas las dolencias, donde hay trabajo las enfermedades huyen, porque el trabajo es el mejor médico, la sobriedad la mejor de las pociones. La medicina no es sino un auxilio que recibe la naturaleza.

Para qué se arrojan tantos jóvenes á estudiar medicina? Lo hacen por servir á otros, ó por servirse á sí mismos? Si lo primero, no son necesarios en tanta abundancia; si lo segundo, no pueden obtener la ganancia que obtendrían en las otras industrias de que hablaremos al fin de estos estudios. Si tuviéramos estadística, ciencia sin la cual no puede organizarse bien un pueblo, comprobaríamos que sobran médicos, ó que están mal distribuidos, pues aquí mismo en Portoviejo, clima de paludismos, no hay uno sólo en estos días. Un médico es, indudablemente, la Providencia en un hogar, en ciertas circunstancias: el médico es el único árbitro, y de qué? de la vida ó la muerte de un sér adorado. Preguntad á las madres cuántos suspiros han brotado de sus gargantas á la sola presencia de un médico. Será este uno de los atractivos para que tantos jóvenes se consagren á la medicina? Pero entónces, ay! deben considerar en que no siempre enjugan lágrimas, sino que, las más veces, las provocan, y á causa, por ventura, de que no se han contraído al estudio de una sola enfermedad, como en Europa. Pueden contarse las enfermedades que predominan en todos nuestros climas, y según el lugar donde el futuro médico tiene sus lares, donde próyecte residir, debe escoger el estudio de la correspondiente enfermedad. Qué inconveniente hay? El de que no puede ganar tanto dinero como gana el médico que no es especialista? Esto es así en las poblaciones pequeñas; pero no en las populosas, como Quito, Cuenca, Guayaquil.

No todos los médicos han de ser hombres virtuosos, y puede suceder que angustiados de no hallar enfermos, de no poder subsistir con el ejercicio de su ciencia, busque como proporcionarse ganancia aconsejando lo contrario de lo útil para la conservación de la salud, ó introduciendo al mercado drogas y pociones dañosas. De criminales de este linage, nunca hubo noticia en nuestra patria; pero quién asegura que el hecho jamás se verifique, dada la organización de nuestra policía?

ROBERTO ANDRADE.



EL ANTISANA

Y LAS OBSERVACIONES METEOROLOGICAS

PRACTICADAS POR EL SR. CARLOS AGUIRRE MONTUPAR

(Estudio científico por Augusto N. Martínez)

El Dr. Alfonso Stübel nos da una conmovedora descripción de la vida de los páramos, refiriéndose al Antisana; tenemos el gusto de reproducirla, para nuestros lectores. Dice así:

“La altura de 4000 metros, á la que corresponde una temperatura media anual de 5° C., excluye el cultivo de plantas útiles; pero, en cambio, por la producción espontánea de yerbas de pasto, favorece á la ganadería. En el territorio de la hacienda de Antisana, que tiene varias millas cuadradas, y que hacia el oriente casi no tiene límites conocidos, se mantiene de cinco á seis mil reses, y numerosas manadas de caballos y ovejas.

“Delante de la casa hay un lugar circunvalado de tapias, el corral, que sirve para contener el ganado, contarlos, marcarlos y se pararlo para la venta en el rodeo general, que tiene lugar sólo una vez al año. Para tal revista se necesita gran contingente de personas de á caballo y de á pie, para buscar al ganado, en el terreno hondamente accidentado, en los valles pantanosos y en los declivios de las rocas, y hacerlos entrar en el corral. Rodeos parciales, en que sólo se reúnen las manadas (atajos) de ciertos lugares del páramo, los hace el *urcu-cama* (cuidador del cerro) y sus ayudantes, cada mes ó aun semanalmente. También es obligación del *urcu-cama*, visitar diariamente á caballo el páramo aun cuando amenace nevada y tempestad, ó densas nieblas le expongan á perderse. En estas expediciones se informa de las costumbres de las manadas y de los animales que viven solos, de la elección de los pastos; y cuando el tiempo está seco, enciende á los pajonales secos para favorecer el retoño de paja nueva. Su ojo espía siempre á un venado, y frecuentemente, logra el buen jinete cazar á uno, con el auxilio de sus perros que jamás le abandonan.

“Regresa el *urcu-cama*, tirando al caballo cansado tras sí. Sobre la montura cuelgan las piernas de un novillo muerto. Por el vuelo circular de los condores, en un lugar muy apartado del

"páramo ha caído en cuenta, muy por la mañana el atento vigi-
 "lante, que ha rodado ó muerto con enfermedad una res. Se
 "lanza á escape de su caballo á disputar á los hambrientos condo-
 "res y á la jauría de sus inteligentes perros medio muertos de
 "hambre, que por instinto habían tomado rectamente el camino
 "antes que él, siquiera una parte de la carne, para su propia sub-
 "sistencia. Siempre logra esto, y los hambrientos "galgos" le si-
 "guen cabizbajos tras la presa que les quitó". (1)

La casa de la hacienda es la mansión más triste que se pudie-
 ra imaginar; un clima relativamente frío; pocos días sin niebla;
 lluvias casi continuas; nevadas frecuentes; y cuando por casualidad
 el cielo está puro, noches glaciales. Añádase que en ausencia de
 toda vegetación leñosa se vuelve difícil encontrar combustible.

En Europa se formará una idea inexacta de la situación de la
 localidad que describimos, si se creyese que con motivo de su ele-
 vación, ocupa la cima de una montaña ó el cuello estrecho de una
 cadena; no es así. La casa de la hacienda ocupa una depresión de
 terreno, cubierto de césped y bien regado á 25 millas al E. S. E.
 de Quito y á 1.225 metros sobre esta ciudad.

El estudio geológico del Antisana es mucho más complicado
 que el del Cotopaxi y el de los demás volcanes ecuatorianos, por-
 que la formación volcánica *antigua* ocupa con sus variados pro-
 ductos un espacio inmenso. De esto resulta la necesidad de ha-
 cer una distinción esencial, que no se debe perder de vista, entre
 el *sistema* y el cerro Antisana. Este está rodeado de una multitud
 de conos más antiguos que en parte son cráteres conservando su for-
 ma característica (Chusalungu); tales volcanes, como hemos dicho
 antes, son por ejemplo el Chacana, Tablarumi, Chusalungu, Puzum-
 rrumi, Urcucuy, Achupallas, etc., sus erupciones son propias, in-
 dependientes del actual cerro del Antisana y más antiguas que éste.

Antes que se forme el Antisana en una época geológica rela-
 tivamente moderna (talvez al fin de la cuaternaria), por acumula-
 ción de lavas recientes, ya existía el antiguo *sistema del Antisana*,
 componiéndose de muchos cerros, corrientes de lava andesítica,
 cráteres, etc., á los que pertenecen los arriba mencionados.

Esta actividad antigua volcánica se distingue sobre todo por
 las *andesitas* más *fanero cristalinas*, generalmente porfiroideas y las
 más veces cuarzosas, y por las perlitas y obsidianas así como pie-
 dra pómez en abundancia. En su mayor parte los productos de
 aquella primera época se hallan profundamente descompuestos, y
 esta descomposición de las rocas se manifiesta muchísimo en las
 formas exteriores de los cerros, que se presentan, redondeados, cu-
 biertos de tierra vegetal, cráteres derrumbados, borrados, rellena-

(1) Dr. A. Stübel. op. cit.

dos, etc. Ese mundo de cerros volcánicos antiguos del sistema del Antisana, no se formó probablemente al mismo tiempo, y parece más bien que la actividad volcánica se manifestaba sucesivamente ya en este, ya en otro punto en el transcurso de los siglos; así por ejemplo, en un tiempo el Chusalungu era el volcán principal, en otro el Chacana, en otro el Achupallas y así el Tablarumi, Puzumrrumi, Jacatuna, Urcucuy, etc.

En la época reciente, y después de haberse apagado todos aquellos cráteres antiguos, el cerro del Antisana aparece y forma el centro de la actividad; salen de él, corrientes de lava que ocupan, como ya se ha dicho, un espacio considerable, tales como el Hua-gra-hialina, Sarahuasi, Yana y Manca-machay volcán. Otras todavía más recientes, la de Pinantura (reventazón de Antisanilla) y la de Papallacta (reventazón de Potrerillos) aunque parecen provenir de diferentes cráteres, soy de opinión, que se las debía considerar como erupciones laterales del mismo cerro, y no me atrevo á considerar estos dos puntos de una actividad transitoria, como volcanes separados é independientes.

Siguiendo los consejos del Sr. Dr. Wolf, en mi viaje de exploración, tomé al volcancito de Achupallas, como tipo normal para el estudio petrográfico de las rocas volcánicas del antiguo sistema del Antisana.

El cono de Achupallas (3.870 metros sobre el nivel del mar) lleva en su cúspide los restos de una fortaleza antigua de los indios, un Pucará propiamente, y se compone de enormes bancos de *andesita cuarzosa*. Esta andesita en muchos casos es muy porfiróidea, en la que, el cuarzo está repartido en granos determinados y gruesos aunque escasos. La masa fundamental es gris ó pardo rojiza, siendo entonces en el primer caso compacto y muy resistente la roca, y en el segundo escoriacea, como las lavas modernas. Los minerales componentes se hallan distribuidos del modo siguiente: la plagioklasa, (probablemente andesina) opaca, estriada, de color blanco de nieve, se presenta en cristales frecuentemente grandes, pero muy despedazados. El cuarzo se presenta en granos claros, redondeados ó esquinados de diferentes tamaños.

La anfibola negra parduzca se encuentra en prismas anchos, fuertemente brillantes, acompañándola biotita y rubelana.

El origen de la roca, como propia corriente de lava, se anuncia principalmente en la superficie de los bancos de andesita, los que poseen la constitución áspera, escoriacea y ampollosa de las corrientes modernas. La roca es rica en concreciones antiguas, especialmente en volcánicas y fragmentos de *perlitas* y no es raro encontrar en las andesitas cuarzosas microcristalinas, geodas llenas de tablitas de trydimita.

Pero el interés mayor que tiene para el geólogo, este grupo del

Antisana, es que aún en las lavas modernas, especialmente en las históricas de Antisanilla y Potrerillos, el Sr. Dr. Wolf encontró el cuarzo, no como mineral accesorio, sino como un elemento constituyente esencial. Este mismo sabio agrega: *Este hallazgo importante ensanchó nuestro conocimiento petrográfico de las rocas volcánicas; porque hasta hace poco, era admitido como un axioma, el que las lavas de los volcanes modernos, nunca eran cuarzosas ó cuarcíferas.* (1) Antes de conocer los trabajos del Dr. Wolf, yo había anunciado la presencia del cuarzo en las lavas de Antisanilla, y así lo expuse en la relación de mi viaje en 1880, cuando escribí: (2) “En las masas ásperas, escoriáceas están embutidos granitos de diferentes dimensiones, cristalinos, blancos, claros, que son exclusivamente cuarzo; este mineral no está en las lavas de Antisanilla como accesorio sino como componente esencial”.

La reventazón de Antisanilla descendió por el estrecho valle de la quebrada del Guapal que forma el límite de este á oeste entre el Antisana y el Sincholhua. El punto de partida ó más bien de eyección está situado en un valle lateral al del Guapal y á 4.200 metros de altura. El material ígneo fluido brotó sin la mediación de un cráter preexistente, y exactamente al pie de un declivio que en aquel tiempo estaba, sin duda alguna, cubierto de vegetación. La diferencia en altura entre el punto de eyección (Muerte-pungo) y la parte final de la corriente de lava, cerca de la hacienda de Pinantura, importa cosa de 1.100 metros y se extiende de 5 á 6 kilómetros.

Desde la puerta de Guamaní (3.500 metros) se ve cómo se ha precipitado la corriente desde un alto barranco formando una cascada de varias ramificaciones. La circunstancia de no haber llenado la lava á todo el valle, sino amontonándose en él formando una elevada valla con taludes rápidos, deja adivinar el grado de consistencia que ha debido tener cuando su emisión. La superficie de la corriente, como también los declivios de aquella valla, están cubiertos de fragmentos de escoria de un color pardo oscuro.

Todavía se dejan notar en la masa de la corriente las señales claras y frescas del movimiento y enfriamiento, de manera que no se puede asignarle una edad prehistórica, tanto más, cuanto que la vegetación, que quiere tomar sitio sobre ella, queda hasta el día muy escasa, á pesar de las muy favorables condiciones meteorológicas.

No poseemos dato seguro de la fecha en que acaeció aquella erupción, y esto es sorprendente, porque había debido ser visible hasta de Quito. En la obra ya citada del Dr. Wolf se halla la siguiente indicación: “Según un documento, encontrado en Quito,

(1) T. Wolf.—Geografía y Geología del Ecuador.—Leipzig 1892 pág. 357.

(2) A. N. Martínez.—Estudios científicos en el volcán Antisana.—“La Nación”—Guayaquil, 20 de Noviembre de 1880.

la hacienda de Yúrac, cedió á la de Pinantura, hacia el año de 1760, una parte de su terreno, situado en la banda meridional del valle, porque el ganado ya no pudo atravesarlo á causa de esta reventazón". De este hecho, agrega el Dr. Wolf, podemos concluir que la erupción tuvo lugar á mediados del siglo pasado. (1)

Otra erupción semejante, que al decir del Dr. Reiss, sería en 1773, tuvo lugar en un valle de las faldas N. E. del Antisana, erupción conocida por los indios bajo el nombre "Reventazón de Potrerillos". La corriente de lava recorrió largo camino en dirección oriental hacia Papallacta.

Desde el cerro de Guamaní, que domina á la hacienda de Antisana, goza el espectador en días despejados de un grandioso panorama. Allí cerca están el Cotopaxi y Quilindaña cuyos filos del N. se presentan. Después le cautivan las lejanas cordilleras del E. Sus denteladas cimas, que frecuentemente están nevadas, parece que ejercen atracción especial sobre las nubes.

"El Urcu-cama (guardián del cerro) es el único que conoce "en algún tanto aquellas inmensas é interminables soledades. Nos "cuenta, en su castellano mezclado con palabras quichuas, que esos "cerros se llaman las Cimarronas, que no existe senda alguna que "conduzca allá; ningún sér humano habita en esos lugares; sólo los "venados, osos y reses remontadas convierten estos desiertos apar- "tados en sitios de caza muy productivos, pero que el cazador co- "rre el riesgo de perderse entre la neblina y las nubes". (2)

Los valles de las Cimarronas, como también los declivios orientales de la montaña de Antisana, desaguan en el territorio fluvial, muy bifurcado del río Napo y por lo consiguiente en el río de las Amazonas. Ya desde gran distancia se deja juzgar, que las Cimarronas pertenecen á otra formación que el Antisana, componiéndose en efecto de rocas cristalinas más antiguas, principalmente de gneiss y pizarras micaceas.

Para terminar con este cuadro general topográfico-geológico del Antisana, digamos todavía algo de las corrientes de lava de materiales hialinos y semi-hialinos *obsidiana*, *perlita* y *pedra pómez* que existen en aquellas regiones. Los bancos ya constan de *obsidiana* ó *perlita* pura, ya de las dos mezcladas, y la *pedra pómez* (lava espumosa) se halla comunmente en las capas superiores, ó en la superficie. La *obsidiana* más hermosa se encuentra, en el Guamaní, en el cerro que se llama *Filocorrales*; una muy potente y larga corriente de *perlita* (en parte mezclada con *obsidiana*) se puede estudiar en el tablón de Itulcachi, á lo largo del camino que conduce á Papallacta. Otra localidad se encuentra más al Sur, en el cerro á cuyo pie se halla el ható del *Isco* y más arriba en el *Ur-*

[1] Th. Wolf.—Geogr. y Geol. del Ecuador, pág. 357.

[2] Alph. Stübel—Skizzen aus Ecuador.

cucuy, por donde pasa el camino al hato de Antisana. Allá existe en el páramo una gran corriente de obsidiana, llena de nódulos de perlita, y pasando en la superficie á piedra pòmez muy liviana y torcida en formas caprichosas. Así el Antisana es, para el petrógrafo talvez el volcán más interesante en todo el Ecuador alto. (1)

Es ya tiempo de ocuparnos en las observaciones del Sr. Carlos Aguirre, objeto principal de este escrito; para lo que nos parece más seguro é importante traducir el extracto que de dichas observaciones hicieron los ilustres Arago y Boussingault, para presentarlo á la Academia de Ciencias de París y que se publicó en "Comptes Rendus hebdomadaires des séances de l'Académie des Sciences". Tome XXXII N° 20 pág. 741.

[2] Th. Wolf. op. cit—pág. 358.

(Continuará).



VERDADERO
EVANGELIO DEL PUEBLO

POR

ALFONSO ESQUIRÓS

VI

Iba Jesús por toda la Galilea enseñando en las sinagogas, y predicando el Evangelio del nuevo reino. Así lo dicen los evangelistas; mas conviene saber cuál era este reino de que hablaba incesantemente Jesús, este reino cuya noticia venía él á anunciar á las naciones.

“El reino de Dios, dijo él, está dentro de vosotros”, y según otro texto, “entre vosotros”.

En la tierra y entre los hombres debe ser, pues, establecido este reino, ó por mejor decir, esta sociedad. ¿Y quién ha de ponerle en duda al recordar que en la oración que el mismo Jesús recomienda á sus discípulos se lee: “Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre; venga á nos el tu reino; hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo?” Quería Jesús que el cristiano acelerara con sus oraciones y sus votos más ardientes la venida de este reino, que á imagen del cielo ha de organizar la tierra, y á este propósito hasta nos indicó el camino por el cual podíamos hacerlo entrar en el mundo. “Perdónanos nuestras deudas, como nosotros perdonamos á nuestros deudores”, dijo en la misma oración, y con esto quiso claramente manifestar que no llegará el reino de Dios sino por medio del perdón y del amor, cuando la sociedad, perdonando á cada uno sus faltas, desatará todo lo que está atado, y después de una reforma moral, reciba á todos los pecadores en su seno.

Pero manifestó Jesucristo de una manera aun más precisa su pensamiento, cuando diciéndole un escriba: “No hay más que un solo Dios, y amarle de todo corazón, con todas nuestras fuerzas y con toda el alma, y amar luego al prójimo como á nosotros mismos, es más grande que todos los holocaustos”, le contestó: “No estás tu lejos del reino de Dios”, es decir: no estás lejos de los principios que deben establecer el reino de Dios sobre la tierra, cuando reconoces la unidad divina y el amor universal, las dos grandes leyes de la sociedad cristiana”.

El reino de Dios es, pues, verdaderamente un reino terrenal, que ha de empezar en el tiempo para continuarse en la eternidad. Cuando no lo manifestaran los textos citados, lo probarían hasta la evidencia estas mismas palabras de Jesucristo:

“Os digo, en verdad, que nadie deja por amor á mí ni por amor al Evangelio su casa, sus hermanos, sus hermanas, su padre, su madre, sus hijos, ni sus tierras, que ahora y desde ahora (*nunc et in tempore hoc*) no reciba cien veces tanto, y no tenga casas, hermanos, hermanas, padres, hijos y tierras, y en los siglos venideros la gloria eterna”.

Hé aquí dos clases de promesas muy distintas para los que se entreguen á las persecuciones, movidos por sentimientos puramente humanitarios. Jesucristo los exhorta á dejar su familia, sus bienes y su hogar, porque al fin de la lucha han de encontrar en esta misma vida, dentro de la sociedad nueva en que todo estará organizado según las leyes de la justicia, una amplia compensación de los males que habrán sufrido, puesto que encontrarán en ella otros hermanos; otros bienes y otro hogar en lugar del que habrán dejado; porque, estando constituida según los principios de equidad la gran familia humana, todos los hombres serán hermanos y todos tendrán bienes que poseer y hogares en que guarecerse; porque, además de esa felicidad en la tierra, verán continuado en la vida futura ese reino de amor, de unidad y de justicia empezado en este mundo. Este reino de Dios encierra un sentido doble, según la interpretación de Jesucristo: en la tierra es una sociedad organizada humanamente, en que uniéndose cada cual con todas sus fuerzas á Dios, que es la unidad, ha de amar á su prójimo como á sí mismo; en el cielo es el desarrollo eterno é infinito de esa misma sociedad, basada toda en ese amor inmenso, inagotable. Jesucristo, no hay que dudarlo, vino á ensayar el paraíso en este mundo.

Jesucristo, sin embargo, no desconoce ni oculta los obstáculos que encontrará la fundación de este reino, y lo trabajoso que ha de ser su establecimiento en la tierra. “El reino de Dios, dice, sufre resistencia, y sólo lo arrastra consigo la violencia”.

La lucha que ahora sostenemos para fundar una sociedad justa y humana está pronosticada en cada página del Evangelio.

“Es estrecho el camino que conduce á la vida, dice el Redentor”. Y en efecto, hace diez y ocho siglos que trabajamos por poner en él la planta. Los pueblos están siempre en el umbral viendo si pueden forzar tan difícil paso; pero son rechazados constantemente hacia la entrada de ese nuevo reino. Ha habido hasta ahora cristianos; pero nunca una sociedad cristiana. Jesús no deja de incitarnos á esta lucha, diciendo:

“Esforzaos en entrar por la puerta estrecha: se os entregará á

los jueces para que os atormenten, y os hagan morir: el mundo os aborrecerá como me ha aborrecido á mí el primero”.

Pero promete al mismo tiempo que en esa lucha penosa quedará la ventaja por los suyos, es decir, por los hombre que habrán llevado hasta el fin sobre sus hombros la pesada cruz de la humanidad que sufre. (1) “Tened confianza en mí, exclama, yo he venido al mundo”. Y dice en otra parte: “Cuando una mujer pare, está triste porque ha llegado su hora; pero ya que ha parido, la alegría de ver nacido á su hijo la hace olvidar sus dolores”

La Europa es actualmente esa madre que gime y que llora en medio de los dolores del parto. ¡Aliento, madre mía: el hijo de tus entrañas será bello, y el gozo de haberlo dado á luz del mundo secará en tus ojos tus ardientes lágrimas!

Jesucristo nos manifiesta claramente el poder que ha de resistir al establecimiento del nuevo reino, y el enemigo que debemos combatir si queremos que reine la paz y la felicidad en la tierra. “Vuestro enemigo será el príncipe del mundo”, leemos en el Evangelio, y á la verdad, si esta nueva sociedad debe encontrar obstáculos, ¿en qué pueden consistir estos sino en los jefes de estas viejas sociedades que Cristo vino á destruir? De aquí provino ese gran duelo anunciado á cada instante por el mismo Redentor entre sus discípulos y el mundo. “Vosotros no sois de este mundo, les decía. Si lo hubieseis sido, el mundo habría amado lo que hubiera sido suyo; pero el mundo os aborrece, porque no le pertenecéis, y yo os he escogido y arrancado de su mismo seno”.

Jesucristo había sacado sus discípulos de la sociedad antigua, para iniciarlos en otra enteramente nueva, que debían esparcir por toda la haz de la tierra, y esta fué la principal causa del odio que les tuvieron los gobiernos; porque los gobiernos siempre aborrecen á los hombres generosos que intentan reformar y hacer felices á sus semejantes. Los intereses del jefe del viejo mundo son, sin embargo, los más amenazados, y es natural que él sea el más encarnizado en la lucha. Así nos declara también Jesucristo que este jefe va á desencadenarse contra su doctrina. Por este príncipe ó jefe del mundo entiende Jesucristo el poder soberano, representado en un hombre.

Empero nos da un gran consuelo Jesucristo. Declara que la sentencia de este príncipe está ya dictada, y que su ruina arrastrará consigo la de la sociedad entera. “Cuando venga el que nos ha de consolar, dice, podrá convencer al mundo; porque el príncipe del mundo está ya condenado”. Y es de advertir, que esta sentencia condenatoria no habrá llegado á su entera ejecución sino cuan-

(1) “El que no lleve su cruz y no me siga, no puede ser mi discípulo”. (Luc. v, 4, r27).

do ese poder haya sido expulsado y desterrado. "El príncipe del mundo va á ser arrojado fuera, dice Jesucristo".

El Salvador se pone en lucha abierta con el mundo; pero es porque sabe que para establecer su reino debe cambiar todas las instituciones antiguas, y reconstituir la sociedad sobre bases enteramente nuevas. "Nadie, dice, cose una pieza de tela nueva y gruesa en un vestido viejo, porque la pieza nueva lleva consigo la otra, y el girón se hace más grande. Nadie pone vino nuevo en odres viejos, porque el vino se derramaría". ¿Y no es esta la verdadera teoría de todas las revoluciones que por espacio de diez y ocho siglos han agitado el mundo? Se ha pretendido coser el cristianismo en las instituciones de la sociedad antigua; se ha querido introducir las ideas del Evangelio en las monarquías que son viejos odres paganos; pero sucederá lo que ha profetizado Cristo: la pieza nueva y fuerte cosida en el viejo mundo de púrpura aumentará el rasgón; el vino de los nuevos principios de libertad y de fraternidad humanas, puesto en las antiguas instituciones sociales, las abrirá y se derramará por ellas.

No se engañaba Jesucristo, cuando, en un presentimiento de júbilo y de triunfo para sus hermanos, exclamó:

"¡Yo he vencido al mundo!"

Sí, la ruina del mundo antiguo es ya inminente: encontraréis aun algunos obstáculos, vosotros los que combatís por la victoria de las ideas cristianas: se os citará ante los tribunales, y se acerca el día en que los que os harán morir creerán ser agradables al Señor; pero os repetiremos con Jesucristo:

"¡Confianza! No os dejéis intimidar ni desalentar, vosotros los que lucháis por la gran causa de los pueblos. Encontraréis centuplicado lo que habéis dejado por ella; hogar, bienes, familia: aun perdiendo la vida, la salvaréis, porque es vivir eternamente morir por la noble causa de la humanidad".



LIMA

SUS MONUMENTOS Y ALGUNAS DE SUS COSTUMBRES

Apuntes recogidos en 1886 por Felicísimo LOPEZ

VI

LOS DESCALZOS

Deseoso de conocer esta celebrada casa de penitencia, solicité el permiso del hermano portero, que me lo concedió en el acto.

Una vez en el primer patio, que es pequeño, bien barrido y aseado — primera virtud de esta casa — lo que desde luego llamó mi atención fueron dos cuadros pintados en cada lado sobre la pared de los claustros. El de la derecha representa la muerte, es decir, un esqueleto que en la mano derecha tiene una guadaña y en la izquierda un cartelón con esta

“ Octava.

“Cuando por el camino de la vida,
Al parecer segura caminando,
Iba lozana, hermosa y guarnecida
De perlas, plata y oro, imaginando;
Me saltó la muerte que atrevida
Al camino salió y me fué quitando
Perlas, plata, oro y hermosura
Dejándome cuál ves en tal figura”.

El cuadro de la izquierda representaba un ángel puesto el índice de la diestra sobre los labios, indicando silencio, y con la izquierda sostenía otro cartelón con otra

“ Octava.

“Si callas eres sabio y advertido,
Y cual ángel siendo humilde lodo,

Lograrás ser bien recibido
 En este claustro por tan raro modo.
 No te disculpes necio inadvertido,
 Cierra los labios y ten paciencia en todo,
 Y mira que estés siempre avisado
 O advierte que hablar mucho trae pecado”.

Leídas y bien meditadas estas *octavas*, tomé por un pasadizo de la izquierda y halléme frente de esta inscripción en letras gordas:

“No aceches ni busques impiedad en la casa del justo, ni perturbes su reposo”.

“Prov. cap. 24, v. 15”.

No arguye mucho en favor de la humildad — dije para mí — que el dueño de la casa se llame á sí propio el justo, y seguí adelante. Halléme entonces con un *Ecce Homo*, muy mal pintado, sentado en un banco, apoyada la mejilla izquierda sobre la mano del mismo lado; al pie se lee:

“El verme así no te asombre,
 Porque es mi amor tan sin par,
 Que aquí me he puesto á pensar
 Si hay más que hacer por el hombre”.

No atiné entonces á quién compadecer más, si al *Ecce Homo* ó al que escribió este cuarteto, y continué mi marcha hasta dar con este letrero de grandes dimensiones

“SILENCIO”

En efecto, hallábame en pleno silencio, oyendo solamente á la distancia los acordes de un órgano y las tristes voces de los frailes que salmodiaban en la iglesia un oficio de difuntos, lo cual me hizo caer en una profunda meditación.

¿Qué sería del mundo — me pregunté — si toda la humanidad siguiera estrictamente las reglas y prescripciones que rigen en esta casa? ¿Sería posible que se convirtiera en un convento como éste, donde los hombres vivieran, como aquí, ocupados solamente en rezar, ayunar, macerar el cuerpo y sin trabajar ni cultivar las dulces relaciones sociales y de familia? ¿Está aquí la realidad de la vida que debe llevar sobre la tierra el hombre racional y libre, ó á cuatro pasos de aquí, en ese espléndido jardín — la Alameda de los Descalzos — donde las madres amorosas y tiernas se deleitan con los infantiles juegos de esos ángeles de inocencia que son la

esperanza de las familias y la continuación de las generaciones que van y vienen de la cuna á la tumba? ¿No es verdad que aquí donde estoy siento un frío que se aproxima á la muerte, y este profundo silencio, no se asemeja al sepulcro? ¿A dónde marcha, pues, esa sociedad que he dejado antes de entrar en este claustro y que está moviéndose sin cesar con una actividad vertiginosa, con sus ferrocarriles, sus telégrafos, sus máquinas, sus imprentas, su comercio, sus industrias, sus incesantes inventos que hacen cómoda y agradable la vida? No hay duda para mí — continúe — que si en la Edad Media de nuestra era tuvieron estas instituciones su razón de ser, atendida la inclinación general que se despertó debido á las erróneas interpretaciones que dieron los hombres á la doctrina del Crucificado y de los primeros apóstoles, hoy su existencia es apenas un recuerdo histórico; y si es verdad que en esos siglos de barbarie prestaron importantes servicios preservando en sus claustros los tesoros de las ciencias y de las artes antiguas, hoy tienen que ceder el lugar á otras instituciones que responden mejor á las necesidades de la sociedad y operan su bienestar por medio del trabajo.

Engolfado en estos pensamientos caminaba casi maquinalmente, cuando vino á sacarme de mi estupor el verso que sigue:

“Vanidad de vanidades
Es lo que el mundo te ofrece,
En el trance de la muerte
Como humo desaparece”.

¡El mundo! — repetí — ¡la muerte! Qué innumerables ideas acudieron en tropel á mi mente á la sola enunciación de estas palabras! ¿Y por qué se empeñan estos sacerdotes en infundirnos tanta aversión contra el mundo, que es el campo de batalla, y tanto temor por la muerte, que es el término del combate y el coronamiento de la victoria?

No pudiendo continuar mi excursión, á causa de faltarme un guía, y temiendo por otra parte dar con unos perros feroces que, se me dijo, existían en el convento, regresé al patio principal, donde el hermano portero me proporcionó un negrito, llamado Pedro Pablo, quien me condujo por varios departamentos.

Recorrí los huertos, parques y jardines, todo bien trabajado y aseado. Pasé al matadero donde deguellan una res diaria, según me dijo Pedro Pablo, para más de cien personas que se alimentan en dicha casa entre padres, legos, hermanos, sirvientes, peones y pobres. Seguí por el departamento de los talleres: zapatería, herrería, carpintería, sastrería, estaban servidos por legos. Pasé junto á la cocina, á la que no pude penetrar, pero de donde salían

olores apetitosos. Fuíme de allí al establo en donde un lego viejo, hijo del celeste imperio, aparejaba dos mulas para salir á la limosna. En seguida me trasladé á la lavandería, que es digna de mención, por ser un aparato hidráulico, manejado por un solo lego y de sencillo mecanismo; en esos momentos funcionaba el aparato lleno á la sazón de ropones y sayales; y el lego que los lavaba, joven todavía y natural de España, tuvo la fineza de obsequiarme un racimo de uvas, de los muchos y muy provocativos que pendían de un emparrado. Dirigíme, finalmente, hacia la puerta principal del convento, no sin recorrer antes el departamento de cocina y refectorio para los mendigos que se alimentan allí; y á mi juicio, en esto consiste el verdadero mérito de esta institución monástica de Lima, pues pedir limosna, apelando á la fe religiosa de los pueblos, para compartir con aquellos el producto de la colecta, me parece la parte más útil y moral de "Los Descalzos".

VII

ALAMEDA DE LOS DESCALZOS

Este hermoso paseo público tendrá de largo próximamente unos 500 metros por 20 de ancho, y en toda su extensión está rodeado de una gran verja de fierro que deja por el frente una ancha portada y dos más pequeñas á sus costados.

Cuatro altísimos pinos se destacan en este paseo: dos en la entrada y dos en el extremo opuesto, en donde hay un surtidor que arroja pintorescos penachos de agua á grande altura. El centro de esta alameda lo forma un suelo perfectamente igual y muy limpio, y á los costados hay vistosas flores y arbustos de varias clases, distinguiéndose sobre todo los de magnolias por sus hermosas y blancas flores. Grandes jarrones de fierro para flores y plantas, y asientos de mármol para los paseantes se ven aquí y allá. Estatuas de mármol de tamaño natural, que representan los doce meses del año, decoran de trecho en trecho los lados de esta alameda, que viene á ser como el lugar de cita para la alta sociedad de Lima, especialmente el 24 de Junio, fecha en que tiene también lugar un paseo popular á la *pampa de los amancayes* que está por el lado de esta alameda á distancia de más de una milla. En este día el ejército va á hacer sus evoluciones y simulacros en esa pampa, al son de la música de sus bandas. A las 6 p. m. de ese día se ve entrar á la ciudad un aluvión de gente, que hace gala de ostentar grandes manojos de esa modesta y aromática flor que blanquea en esa fecha las extensas praderas que circuyen á la bella Lima.

No nos apartemos todavía de los alrededores de esta alameda, sin observar otros dos edificios dignos de mención: quiero hablar del depósito de los CARROS URBANOS y de la empresa de CERVEZA y HIELO.

El primero de estos edificios, situado hacia la base del San Cristóbal, es bastante espacioso para contener los numerosos carros de la empresa y los esforzados caballos que tiran de ellos. Esta empresa sostiene tres grandes líneas que cruzan la ciudad: una de ellas parte de la estación central y recorre la ciudad de norte á sur hasta la explanada de la Exposición; las otras dos cruzan de oeste á este, partiendo de Monserrate al Cercado.

La fábrica de *Cerveza y Hielo*, está montada en un espacioso edificio que contiene la complicada maquinaria que produce esos dos artefactos de obligado consumo en toda ciudad civilizada.

En esta fábrica tuve el agrado de encontrar como maquinista á un joven ecuatoriano, que estaba á la sazón sobre un tanque de agua, descalzo, ennegrecido por el carbón de piedra y el aceite de máquinas, alzadas las mangas de su camiseta, la frente sudorosa y ocupado en refrescar en el tanque unos tubos de amoníaco que, según me dijo, se habían recalentado hasta el punto de estallar. Para quien medita un poco, puestas á un lado las vanas preocupaciones, es, ciertamente, muy grato ver un joven de honrosa cuna, pero huérfano y en país extraño, consagrado desde las 6 a. m. hasta las 7 p. m. al constante y fatigoso trabajo de una máquina de vapor, ganando apenas 50 soles al mes para vivir honradamente. Y comparado este joven con otros mil que andan vagando por las calles, sin más ocupación que la estafa y el fraude para proveer á su lujo y á sus vicios, qué alto y ennoblecido aparece este maquinista ante el sano criterio que sabe juzgar de los hombres y de las cosas. Felices y prósperos serían nuestros países de Sur América, el día en que se abrieran á la juventud nuevas fuentes de trabajo, como la mecánica, la ingeniería, las artes, los oficios y demás industrias que forman la vida activa de las sociedades modernas. No veríamos entonces ese enjambre de esforzados mozalbetes que andan rodeando los Ministerios de Gobierno y las oficinas públicas, á caza de un empleo de miserable sueldo, con mengua de su dignidad personal y su independencia.

(Continuará.)

PEQUEÑAS NARRACIONES.

CARLOTA

IX

Pasaron algunos años.

El viento de la fortuna
Llévome á lejanas tierras,

diré con Núñez de Arce; y como toda ausencia tiene su término, si no es la de la muerte, volví, al cabo, á la ciudad alegre que baña su pie en las caudalosas, pero poco cristalinas ondas del Guayas. Durante esos años en nada había cambiado mi vida de bohemio, un poquillo desordenada—humildemente lo confieso—y siempre pobre: muchas desilusiones en el corazón, la esperanza de mejoramiento más débil todavía que antes, algunas hebras blancas en una cabellera joven, y hastío y desaliento en el alma. ¿No es ésta, por ventura, la historia de casi todos mis compañeros de la juventud que, sin prestigio, sin gloria, sin dejar huella de su paso en los caminos de la vida, trabajando sin constancia, esperando sin fe, se han abismado ya en la tumba y en el olvido?

Pero, como quiera que no estoy escribiendo mi autobiografía sino esbozando la vida de una pobre mujer, hoy olvidada ya entre esas espesas sombras que comienzan en la parte inferior de la gradiería social, sombras donde los humanos son como larvas inmundas, como murciélagos que sacuden sus membranas asquerosas contra paredes en ruina,—dejaré estas lamentaciones que, después de todo, á nadie importan, y preguntaré: ¿qué había sido de Carlota?

En el transcurso de cinco años que duró mi ausencia, había recibido yo de élla cosa de diez cartas, muy frecuentes al principio, raras más luego, hasta que en el tercer año, después de haberme comunicado la muerte de Alejandrino y la desgracia de Enrique que en un momento de *delirium tremens* se había arrojado de cabeza contra las piedras de la calle desde una ventana del Hospital, muriendo instantáneamente, cesó de escribirme y tampoco yo averigué más por élla. De manera que, á mi regreso, hasta su imagen estaba ya borrada de mi memoria.

Paseábame un día, con un amigo, y á altas horas de la noche, vagando entre ese dédalo de callejuelas oscuras y sospechosas que se cruzaban en ángulos rectos y terminaban bruscamente, como una sorpresa de mal gusto, en las tapias de algún huerto, callejuelas arrasadas por el incendio y que no deben existir en la nueva delineación de la ciudad, cuando me sorprendió ver, en tal lugar,

unas ventanas abiertas de par en par, que arrojaban viva claridad sobre una estrecha galería los girones de cuyas mugrientas *toldas* flotaban impelidos por el fresco viento de la noche.

—¿Y esto. . . .?—murmuré, para decir algo.

—Es una casa de mujeres honradas y caritativas, que se divierten honestamente con el ojo policial al margen,—me contestó el amigo.

—Es decir que. . . .

—Sí, hombre sí. Es el *convento* de la *niña* Pepa. ¿Quieres que subamos? Aquí se venden chicas baratas y cerveza cara, Conque. . . .

—No; yo no entro. Me repugnan estas lacerias sociales, y al mirar de cerca semejante *alegría* me dan ganas de llorar.

—Sí, sí: hazte ahora el filósofo pudibundo. . . .¿No subimos? Pues escuchemos un poco, parados en esta esquinita, y en seguida, á buscar la cama.

Me encojé de hombros, y nos detuvimos en la esquina inmediata, á cuatro pasos de distancia del *convento* en cuestión.

Un piano ronco, horrible y despiadadamente tecleado, marcaba con furor los compases de un wals capaz de destrozar los oídos de un sordo; ruído de pasos de un baile de ebrios, choque de copas y botellas, de vez en cuando voces aguardentosas que casi á gritos pronunciaban nombres de mujeres, bravos, palmoteos, risotadas, salían por las abiertas ventanas en bocanadas infectas. Sobre una pared de cañas medio cuarteada que se levantaba al frente por debajo de algunos árboles raquíticos que la oscuridad y el silencio hacían fúnebres, se proyectaban las sombras de los danzantes que pasaban como una loca procesión de espectros azotados de tiempo en tiempo por los sacudidos retazos del ex-cortinaje de lona. . . .

—No cesarán esas vagamundas hasta las cinco de la mañana,—nos dijo con indiferencia un celador á quien al principio no habíamos visto arrimado contra el ángulo de la esquina, y que se llegó á pedirnos cortésmente un fósforo para encender su cigarrillo.—Esto es de todas las noches, caballeros—continuó el buen hombre;—y ni multas ni prisiones son capaces de contener á la vieja pulga que *ha puesto* esta casa maldita. Así es que hay cada escándalo el lunes y el martes. . . . que ya, ya. . . .

Y acercó á sus labios el pito, para contestar con un silbido agudo y prolongado á la señal de alerta que le hacían á la distancia.

—Uf!—concluyó para sí, con un suspiro de satisfacción.—¡Por fin es la hora del relevo! . . .

Y un lejano reloj público cuarteaba para la una de la mañana.

Íbamos á regresarnos mi amigo y yo, después de cinco minutos de plantón, cuando el piano cesó bruscamente su aire de wals, notamos confuso agrupamiento de sombras en la pared del frente;

y luego, por un breve instante, no se oyó nada. De pronto resonaron en la pieza del baile pasos apresurados, uno ó dos hombres salieron de la casa precipitadamente y pasaron á la carrera junto á nosotros, exclamando: "¿Pero qué médico á estas horas?", en tanto que una desordenada vocería anunciaba alguna desgracia.

—¡Socorro! ¡Socorro!—gritaba una mujer angustiada, con el cuerpo echado sobre el balaustre de la galería, sin hacer caso de dos hombres que trabajaban por hacerla callar y llevarla dentro.—¡Socorro! ¡Que la han matado!

Mi primer impulso fué precipitarme en la casa.

—¿Estás loco?—arguyóme vivamente el amigo.—Ya se ha armado Va á venir la Policía. (Oíanse, en efecto, tumulto de pasos y silbidos de alarma)—¿Quieres que nos lleven? . . .

Todo pasó en menos tiempo del que empleo en referirlo. Los agentes de seguridad pública invadieron la casa, dejando de centinela en la puerta al celadorcito de marras; y la gritería subió de punto.

A favor del centinela que abonó por nosotros ante el jefe de la patrulla, entramos, luego, nosotros. Dos trancadas, y ya estábamos arriba, en presencia del más repugnante espectáculo.

Aquel era un cuarto grande, amueblado con doble hilera de sillas americanas, hamacas pequeñas en los huecos de puertas y ventanas; dos viejas consolas con tableros de mármol ennegrecido y rajado sobre las que brillaban dos espejos con sus molduras cubiertas de papel de color; un pianito deshecho y una gran lámpara suspendida del techo. En las paredes había prendidos con alfileres algunos cromos de indecentes figuras al desnudo, fotografías de cómicas, estampas de santos, flores de papel etc. A un lado y otro de la llamada sala, se abrían dos puertas: conducía la de la izquierda á una cuadra, llena de hamacas, mesas, estante de botillería, gran lecho con cortinas de gasa y un armario antidiluviano: la de la derecha daba á una especie de pasadizo largo, estrecho y oscuro, formado por dos tabiques paralelos de lienzo sin pintar, en los que se abrían hasta una docena de puertecillas bajas y numeradas. Eran las *celdas* de aquel horrible y asqueroso *convento*: cada celda contenía un ruin camastrojo y dos malas sillas para arrojar la ropa No he visto antro más asqueroso ni que revelase tan completamente la prostitución en su grado último de abyección, miseria y desvergüenza.

Todo el rebaño—hombres y mujeres—estaba revuelto en media sala, vista la imposibilidad de fugar ú ocultarse, pues en todas las salidas mirábase la cara de un polizonte. Muchachas desgredadas, escotadas, sudorosas, algunas á medio vestir, con sus rostros embadurnados de albayalde y sus labios pintados de carmín, gimoteaban acurrucadas, despreciables, despavoridas; algunos mo-

sos procuraban explicar el hecho atropelladamente, con la voz pegajosa del beodo; y pocos se cuidaban de otra mujer que yacía en un ángulo, ensangrentada y lívida sin dar señales de vida, y sobre cuyo cuerpo se inclinaba casi indiferente, con una palmatoria en la mano, el oficial de Policía.

Al fin éste se irguió con toda la majestad de un funcionario de quinto ó sexto orden, y dijo con cólera y echando un taco fenomenal.

—Ea! Lo primero es lo primero. Vamos á llevar inmediatamente esta mujer á la más próxima botica de turno. Cabo Gutiérrez, cuatro hombres! . . . Baje U., Celedonio, esa hamaca grande! . . . Ahora, ¡despacito! Así. . . Cojan dos de cada punta, y andando. Con mucha consideración, no sea que el sacudimiento la mate en el camino. ¡Botica de la Marina! ¡Listos!

“Ahora ustedes, lindas maulas, se van conmigo á la Intendencia. ¡Todos! Eh! No hay que gritar, porque les amarro como á perros y les llevo. ¡Arre usted! niña Pepa!”

Desmayos, clamores estridentes, sollozos, bravatas. . . aquello era una Babilonia.

La *niña* Pepa se plantó en jarras delante del oficial y exclamó resueltamente.

—Mirusté, señor inspector, lo que es á mi no me yevan. Soy una mujé honráá, y yó iré mañana á rendí mi declaració. Sabusté? Fue el *Añaruso* (picoso) quien hizo eso. Estaba la Delia ahí sentá viendo bailá, y en seguida llo no sé cómo se trabó de palabras con el marchante y este sacó el cuchilló y la jendió. A ver! ¿Qué culpa tengo yo ni qué culpa estas *niñas*?

La *niña* Pepa era una zamba alta, gruesa, de hombruna musculatura y ademán varonil, con restos de cierta belleza prístina: tendría bien ganados sus cincuenta años y algunos mechones grises lucían en su ensortijado cabello.

—Conque á usted na-die-le-lle-va?—contestó el inspector montado en cólera. Ahora verá.—Y asiéndola brutalmente de la cintura, de un empujón la puso en la puerta; al tiempo que decía á los suyos: “¡No me dejen uno, fuera de esos dos señores que entraron conmigo!”

Y entregando á la zamba que aun forcejeaba en poder de dos celadores, se puso á arrear el mísero y lacrimoso rebaño, después de haber practicado un último y escrupuloso registro.

Tomé el brazo de mi amigo, y á pasos acelerados nos encaminamos á la botica de turno, donde creíamos encontrar á la mujer herida.

—¡Bien que la conozco á la Delia!—íbame diciendo por el camino el compañero de aquella noche toledana.—Es una serranita que hará cosa de dos años se echó á la vida airada, en los comien-

zos con mucho éxito; pero fué cayendo, cayendo hasta que no la hacían caso ni los cargadores. Muy bonita ¡oh! muy bonita! É instruída y sentimental. Figúrate tú, una mala sombra que se las daba de señorita y decía versos y flores que era una gloria de ridiculez. Dicen que tiene su historia. . . . Pero ¿qué quieres? Se dió á la borrachera, y armaba todos los días el escándalo del siglo! . . . Hemos llegado. Adelante.

Tendida en el santo suelo, delante del mostrador de la botica y rodeada de un grupo de curiosos y policiales, yacía la desventurada.

Procuraré preguntar algo; pero todos me contestaban lo mismo:

— ¡Si es la Delia! ¡Pobre! Dicen que el *añaruso* Polilla le ha *plantado* esa puñalada en casa de la *niña* Pepa, por cuestión de celos y borrachera. . . . De esta hecha no zafa!

Por lo visto, la Delia y la *niña* Pepa gozaban de popularidad entre cierta clase de gente.

— Mire usted blanco — me dijo un negrito, en voz baja y confidencial: — la Delia ha tenío siempre una suete atloz. En la última vez que le cruzaron la cara de *un navajazo*, y medio la ahorcan en el Astillero, creyeron que se largaba; pero *eya* ¡quia! Pero de esta

La primera cura estaba hecha.

— Vivirá? — pregunté al joven farmacéuta que se lavaba las manos ensangrentadas, sudoroso después de una operación difícil.

— ¡Quién sabe! Tiene la infeliz una herida de tres á cuatro centímetros entre la quinta y sexta costilla de la derecha. Gracias á que el arma ha resbalado sobre un hueso, si no estaría ya muerta la pobre Delia.

— ¡Qué! U. la conoce?

— ¡No la he de conocer? Quién no la conoce á la Delia? — Lo que importa es que la lleven inmediatamente al Hospital.

Me incliné sobre la mujer herida, que vuelta ya al conocimiento, se quejaba débilmente y abría los ojos espantados.

Al ver mi rostro casi sobre el suyo anhelante, demacrado, de una lividez verduzca, cruzado por una doble herida en la mejilla izquierda hacia la oreja, la mujer miróme con estupor; cerró los ojos, volvió á abrirlos con ansiedad, é hizo un esfuerzo por medio levantar la cabeza, que le cayó pesadamente sobre la dura tabla, quedando, otra vez, sin sentido.

Me enderecé como herido de una descarga eléctrica. En ese ensangrentado despojo de la famosa Delia, acababa de reconocer á la querida Carlota de mejores días.

MANUEL J. CALLE.

(Continuará).

 LA SEMANA.

Sumario.—Cuba libre.—El Sr. Donoso.—El juramento ó promesa constitucional en Cuenca.—Un folleto.—Voladores.

De poco espacio disponemos por hoy y habremos de ser breves.

La noticia sensacional de la semana ha sido la declaración de guerra hecha por los Estados Unidos á España, después de haber reconocido previamente la libertad de Cuba y ofrecido con solemnidad no inmiscuirse en el gobierno ni asuntos interiores de la nueva República.

A la hora en que estas líneas escribimos, talvez se ha verificado ya el primer encuentro entre las escuadras americana y española.

En la Gran República los preparativos son inmensos, y no es menor la excitación de los ánimos en la península ibérica.

Dejada la suerte de las armas á la aventura de los combates navales, el resultado es dudoso. Si España no tiene casi diríamos una peseta para continuar la guerra, su escuadra es tanto ó más fuerte que la yankee; si los millones americanos y el proverbial patriotismo de ese pueblo único en la historia de la civilización pueden improvisar numerosas armadas, ejércitos fabulosos, la raza del Cid y de Palafox suele, en los momentos de angustia, echar de su seno esos héroes trágicos que se llaman Gravina y Churruca y sucumbir con derrotas como Trafalgar!

La hora es decisiva y solemne para la vieja nación de las Navas de Tolosa. Abandonada en una lucha desigual por conservar en América, á despecho de este siglo heredero de la Revolución Francesa, los últimos girones de su imperio colonial, ha menester de toda la legendaria grandeza de los antiguos castellanos, para hacer que no tiemble en sus manos la hoja de Toledo.

Y los intereses de la monarquía española están pendientes de esta lucha. Acaso los primeros reveses — engrandeciendo el espíritu español — provoquen, no la caída de la dinastía sino advenimiento de la República, que bastante ha socabado ya bajo las raíces del viejo árbol de los Borbones ¿Quién alcanza á mirar en el porvenir?

Lo que sí podemos decir es que, á pesar de todo el actual lustre de las letras españolas, no obstante la gallarda muestra de hidalguía que la Nación ha dado aceptando el reto de un enemigo veinte veces más fuerte, España, desamparada y empobrecida por la guerra de Cuba, amenazada en Puertorico, inquietada en Filipinas, hostigada siempre por la facción carlista, gobernada por hombres ambiciosos y poco patriotas, con un niño por Rey y una débil mujer por Regente, la España de hoy decimos se asemeja mucho á la triste España de Carlos II. . . . ¡Dios salve esa Nación!

* * *

Lo de el Sr. D. Juan Donoso es ya conocido de todos, por la relación de la prensa local.

Asistió este excelente caballero, casi obligado por circunstancias que

es ocioso el referir, á un matrimonio de indios, á quienes acompañó á Chaupicruz. Separóse, en ese lugar, de su familia, bastante desagradado con los indios que se peleaban entre sí y no volvió á aparecer. Esto pasaba el día martes 19 del mes en curso. Halló la Policía primero la mula y el encauchado del desaparecido y luego el día viernes el cadáver. Sospechábase un asesinato; pero el informe facultativo de los Sres. Dres. Ordóñez y Miranda dice que muy bien pueden las heridas y contusiones estudiadas en el cadáver ser causadas por un accidente desgraciado (la caída del caballo, por ejemplo).

De todos modos creemos que es deber de la Policía el continuar en los pesquisas del caso.

* * *

He aquí lo que nos ha referido un testigo casi ocular:

Cuando un ciudadano del Azuay ha aceptado un cargo público de los que requieren la promesa constitucional, antes de presentarse en el despacho del funcionario que le ha de posesionar legalmente en dicho cargo, acude ante el Sr. Administrador Apostólico y le expone el asunto. Entonces éste abre un Registro, formado con tal motivo, y hace en él extender un documento mediante el cual el futuro empleado asegura ante el Secretario de su Rvcia. y dos testigos que el juramento constitucional que va á prestar lo hará tan sólo en la parte en que la Carta no se oponga al derecho divino y al eclesiástico.—Lo propio hacen aquellos que van á recibir una investidura académica ó universitaria, habiendo llegado el caso del escrúpulo á tal extremo en un tal Alberto Andrade, que ni con la previa restricción, se aventuró á recibir la investidura de doctor . . . ¡por no jurar la Constitución!

Todo esto es muy bonito ¿eh?

Este jesuitismo burdo, ¿no es una traición de los empleados azuayos que lo practican?

No se le puede amonestar al sedicioso Administrador Apostólico de Cuenca, quien tiene la culpa de todo esto y mucho más?

* * *

Hemos recibido un opúsculo en 8º menor, salido de los talleres de "La Tarde", intitulado "El *casus belli* del clero azuayo", y firmado por *Católicos*.

Es una valentísima y bien escrita exposición del estado anormal de los asuntos eclesiásticos en el Azuay, á la vez que una defensa razonada de los procederes del partido liberal en el asunto religioso.

Sin tiempo para dar una detenida noticia bibliográfica de dicho escrito, prometemos reproducirlo en las páginas de este periódico, que bien lo merece.

* * *

Tampoco *voló* el domingo pasado el *célebre* areonauta. Los únicos que volaron—y con esta van cuatro—son los reales y las pesetas de quienes, ya escaldados, se dejaron engañar de nuevo.—La parte notable en este chico asunto, es la que toma en él la Policía. . . . ¡Qué vergüenza!

BENVENUTO.